

LA PREGUNTA DEL MILLÓN

¿Cree que para afrontar esta crisis es conveniente reducir impuestos?

GASPAR SABATER

El fin de la barra libre

SÍ No haría falta remontarse a **Norberto Bobbio** para entender que las definiciones programáticas de los partidos mostraban la diferenciación clásica entre izquierdas y derechas, especialmente en lo referente a economía y política fiscal, los dos instrumentos clave de la intervención del Estado en la sociedad. La receta clásica, a izquierda, siempre ha propugnado gastar mucho y recaudar aún más, una política monetaria expansiva, mientras la derecha, por el contrario, ha defendido que impuestos cuantos menos mejor. Pero hoy, cuando los efectos de la crisis están resultando devastadores, subir o bajar los impuestos, el sistema fiscal en definitiva, ya no constituye el único objetivo sino que se convierte en un mero instrumento al margen de las convicciones

ideológicas. Subir o bajar impuestos se plantea por tanto ahora más en función de unos objetivos sometidos además a las grandes reglas macroeconómicas.

Durante el Gobierno de **Aznar**, por ejemplo, con la economía en fase alcista, las bajadas de impuestos fueron un buen instrumento, aunque ahora existen dudas sobre si esto mismo resultará conveniente porque quizás podría contribuir a aumentar un déficit insostenible e impedir el equilibrio financiero que afortunadamente nos impone Europa. Siendo todo esto cierto, en el fondo de la cuestión latirá siempre sin embargo y es de obligado cumplimiento el consejo, no por más simple menos eficaz –y ellos, los alemanes, son el mejor ejemplo– que nos dejó en su reciente visita **Angela Merkel**: no

hay que gastar más de lo que se ingresa. Y ésta es la cuestión que hoy se debate.

Nuestra autonomía se ha visto obligada incluso a lanzar bonos patrióticos para pagar el despilfarro. Solo con haber dejado de realizar una inversión absurda –el tren hasta Artà– se hubiera evitado contraer parte de esta nueva deuda. Pero es que hay más y esto lo ha visto claramente el candidato **José Ramón Bauza** y explicitado en diez reglas para ayudar a superar la crisis y sacar a Baleares de los números rojos. Si se privatizan innecesarias empresas públicas, se racionaliza, redimensiona y reduce la administración, se recorta la barra libre de las subvenciones y se entroniza la seguridad jurídica, no solo podría ser posible no tener que subir los impuestos sino que incluso podrían bajarse sin por ello tener que reducir inversiones necesarias y atender suficientemente las obligaciones que impone mantener un estado de bienestar. Que lo haga es otra cosa.

PUPUT I ANGELOTS



Desbarajuste

JOAN PLA

DIJE QUE el pacto entre **Jaume Font** y **Josep Melià** era «pura novela, ficción andante». Las últimas noticias me dan la razón, pero quiero matizar mi pequeña profecía: si, al final, se sienten aplastados por las mayorías del PP o del PSOE, ambos volverán a soñar juntos en posibles presidencias y alcaldías. Creo que la suerte está echada, como diría **Julio César**. Aquí en Baleares ganará el PP y, si no es por mayoría absoluta, gobernará el Pacto de Progreso. Volverán a valer más siete enanitos que una Blancanieves. El pueblo soberano, valga el eufemismo, empieza a estar harto de tanto desmierde. Al abstencionismo que provocan los corruptos de una y otra banda, se suman la indignación y la impotencia ante los infinitos casos de estafa que se producen a diario en las facturas de la luz, del gas y del teléfono móvil. Date por jodido, si donde solías pagar 30 euros de teléfono al mes, te soplan ahora una factura de más de 100, por llamadas de «tarificación adicional» que nunca has hecho. ¿Dónde está el gobierno que ponga fin al desbarajuste general que nos ahoga?

JUAN PLANAS BENNÁSAR

¡Es la gestión, estúpidos!

NO Puede que el diablo no necesite abogados. O quizá sí. Podríamos preguntárselo, ya que anda por aquí cerca, no sé si por **Son Vida** o por **Son Espases** –que no son el mismo lugar aunque todos los caminos conduzcan a la misma Roma– a **Giovanni Di Stefano** y reparar su galería de los horrores, esa selecta lista de criminales y delincuentes que nos llevaría, entre las densas brumas de la otra cara de la realidad, a revisar las biografías tortuosas de **Charles Manson**, **Slobodan Milosevic**, **Ronald Biggs**, **John Palmer**, **Tarek Aziz** o el propio **Sadam Husein**, nada menos. Casi todo el infierno al aparato y una sola toga con que cubrir su soga, su rastro de dolor y sangre, tortura, muerte, perversión, miseria, desfalco y quiebra.

Buenos conceptos, sobre todo estos tres o cuatro últimos, para empezar a hablar sobre los impuestos.

Lo diré rápido. En otro tiempo, y seguro que también en otra galaxia muy, muy, lejana, hubiera abogado –del diablo, claro– por abolirlos, a los impuestos. Por dejar que fuera el propio dinero –ese artificio que mueve voluntades y montañas, sin que nadie recuerde dónde y cuándo comenzó el aterrador seísmo– el que, a través de su curioso tránsito de mano en mano y de bolsillo en bolsillo, y gracias, tanto a su inercia ajustada a derecho y a azar, como a su baile lascivo entre deudores y acreedores, fuera ajustando, por sí mismo, el revuelo de las pequeñas esferas individuales al gran corro universal –caótico y, acaso, indescriptible–

de la sociedad en su conjunto. Así la parte ordenaría al todo. Y viceversa. «Laissez faire, laissez passer». Maravilloso sueño. Terrible pesadilla al despertar.

Ya querríamos, pues, seguir dormidos un rato largo y algo más, pero ya no procede. Hay un sinfín de exigencias que ordenar y cubrir. Hay un montón de facturas que pagar. Una maquinaria de plomo y grava, que chirría que es un espanto, un trueno perseverante y eterno que hay que engrasar. Hay un torbellino de burocracia entre nosotros y nosotros mismos. Alejados, como nos sentimos, de la vida –de la propia vida– sólo nos queda pagar el peaje para llegar hasta nosotros mismos y hacerlo ya. A tocateja. Si los impuestos sirvieran para eso –y sólo para eso– ya no serían lo que actualmente son. No serían el precio de un soborno o el de un rescate fallido, sino el premio de la libertad. O parodiando a **Clinton**. No son los impuestos. ¡Es la gestión, estúpidos!

TRIBUNA / RAFAEL GIL MENDOZA

Pertenezco a un país

PERTENEZCO A UN país en el que la ideología política es fuente de odios como consecuencia de la utilización por parte de los políticos del discurso airado, mendaz, insultante y agresivo, como medio de conseguir y mantener el poder e instalar en él a los conmitones y simpatizantes a quienes se blindan en el *enchufe* público para, mediante el clientelismo, garantizar el voto y la permanencia.

Pertenezco a un país en el que la ambición juvenil no es el formarse, el lograr éxito por el mérito, la excelencia, la empresa, la creación, la investigación, la calificación profesional, la mejora de la sociedad. No, la principal aspiración es conseguir un puesto en la Administración pública y para ello ningún camino mejor que los partidos políticos que les coloquen e incluso en altos cargos sin

preparación alguna, sin estudios, sin control de calidad intelectual. Las excepciones, si pueden, se van a países más civilizados a prestar sus servicios profesionales y así se logra descapitalizar a España de inteligencia, de sensatez y de valía. Aquí restan los que se hablan en el Senado con el pinganillo colgado de sus orejas, los que utilizan sin temor la mentira, la demagogia y la manipulación para mandar a un pueblo adormecido entre el fútbol, los programas malditos de TV, la desgana vital, el sexo banal y la impotencia mental.

Pertenezco a un pueblo en el cual el 40% de su juventud está en el paro, abatida, desesperanzada y, en gran parte, abonada a la pereza, al hedonismo y a la ignorancia voluntaria. Un pueblo engañado que malvive en la quiebra de quienes han

utilizado su dinero en propio beneficio, sea para si sea para repartir arbitrariamente entre sus acólitos, votantes y paniaguados.

Pertenezco a un país en el que cuando alguien, con más valor que esperanza, intenta movilizar a la llamada “sociedad civil”, desvertebrada e individualista, no consigue, a pesar del esfuerzo, una reacción colectiva, que sólo atiende cuando se responde a la exigencia del ¿Qué hay de lo mío?.

Pertenezco a un país en el que la clase política controla al poder judicial, al Ministerio Fiscal, a parte de la prensa escrita y hablada y a varias cadenas de televisión. Pertenezco a un país en el que no hay confianza en la Justicia, porque la politización de unos cuantos la ha corrompido en perjuicio de muchos jueces independientes, en el que no se confía

en la prensa, en perjuicio de muchos periodistas independientes.

Pertenezco a un país deshilvanado en el que es difícil ponerse de acuerdo en algo porque se han destruido lazos históricos de afectos, de familia, de valores básicos de convivencia, un país dominado por mediantías mediáticas, comisarios lingüísticos, controladores y delatores de tabaco mientras se abandonan calles y barriadas a la prostitución, a la droga y a la miseria.

Pertenezco a un país que abomina del franquismo cuando ha sido incapaz de pasar del aborregamiento a la libertad cívica, del «vivan las caenas» a la responsabilidad política y a la defensa de los valores básicos de libertad y civismo democrático, un país de subvenciones, de afectos, de *desafectos*, de buenos y malos, de amiguetes y compadres, de control político de todos los poderes y de desacato fraudulento y grosero a las leyes y a la Constitución que, en un momento de lucidez, aprobó con entusiasmo. En fin, pertenezco a un país en el cual se

continúa inconscientemente con el franquismo... sin **Franco**. Porque somos los mismos o sus hijos.

Mientras no se cambien leyes electorales, se instale la democracia en los partidos políticos, se rechace la politización de la Justicia, se consiga la real división de poderes, se logre que la gente se comprometa con los intereses colectivos, mientras no se respeten las opiniones ajenas y se expulse el odio y el sectarismo de la política, mientras eso que llamamos *sociedad civil* no reaccione y diga ¡basta ya! no creo que mejoren las cosas aunque cambien los gobiernos. Con una misma harina y un mismo horno es muy difícil hacer un pan diferente al que actualmente engullimos silenciosos, apesabrados y pasotas sin más compensación que la búsqueda de la verdad en alguna prensa que va tomando conciencia de su función... si la dejan.

Pertenezco a ese país y no hago nada para emprender acciones ejemplarizantes.

Rafael Gil Mendoza es notario.